

XI

Nuevo examen al otro día y nuevas emociones, directa esta vez. Tratábase del ejercicio oral, es decir, de comparecer delante de los jueces de toga, como los otros de derecho común, y si no más severos que ellos, por lo menos más minuciosos y menos expeditivos. Aquí era menester contestar con toda claridad y precisión, y a veces con los más infinitos detalles. No se podía invocar ninguna coartada oponiendo hábiles mentiras a preguntas más o menos vagas, y, además, no había abogado defensor.

Mis respuestas en Historia pasaron como una carta por el correo; mi "número" indicaba un paralelo entre César y Pompeyo, esa piedra de tropiezo que yo franqueé ágilmente, sin titubear un punto ni dar un salto atrás; yo me había interesado mucho, ¿por qué, Dios mío?; bajo la tuición de mis dos excelentes profesores, Ernesto Desjardins y Camilo Rousset por la lucha entre esos triunviros, y algunas consideraciones (!) sobre el reinado en general de Luis XIII. *Los tres mosqueteros*, leídos de ocultis en la sombra propicia del pupitre, ¿no me habían preparado recientemente a triunfales y triunfantes contestaciones? Así que me llevé una "blanca" sin el menor trabajo en la parte histó-

rica de la tan terrible reválida de aquellos tiempos.

La parte literaria, en la que estuve brillante, presidíala M. Meziéres, hoy de la Academia y de la Cámara, el cual me hizo preguntas sobre Boileau y sobre Bossuet. Y como yo estaba muy fuerte en ese particular, me llevé otra bola blanca.

Bolas blancas también en latín: Cicerón, Tito Livio; pero ¿quién me preguntaba?, y en griego, donde el excelente P. Haze, el helenista en jefe de aquel tiempo, en competencia con Egger, quedó muy satisfecho de mi explicación a libro abierto, de un coro de Sófocles y de un párrafo de ese duro de Demóstenes.

Pero donde prevalecieron la roja en mayoría y un poquito la negra, fué en la parte de Ciencias. La Aritmética me encororaba bastante; la Geometría, en la que mi padre habíame pertrechado además con los repasos especiales de P. Pointu —punto U— (1), el científicamente hermano del muy literario director del colegio L. no tuvo que hacerme saltar sino modestos obstáculos para mi mediana erudición en materia de X. En Física, por supuesto, mi derrota fué memorable.

—¿Quiere usted definirme la bomba aspiran-

(1) Point - punto.

te y la bomba compresora?

Decía esto M. Puiseux, un sabio terrible, pelirrojo como David, con dedos velludos, de cuadradas yemas, que hablaba, ¡ay!, con voz demasiada autoritaria.

Y yo respondí:

—La bomba compresora es una bomba que comprime, y la aspirante, una bomba que aspira.

A lo que me dijeron:

—Está muy bien.

Tal aprobación llevaba implícita una negra.

Y he aquí que me aprobaron en el ejercicio oral, quedando, pues, hecho bachiller en letras para toda la vida.

Sorpresa en todas partes: en mi fuero interno, primero; luego, en la pensión, y, sobre todo, en casa de mis padres, quizá encantados a pesar de todo.

Y ahora toco retroactivamente mi vida de colegio exponiéndome a la censura de los hipócritas como hubiera dicho el hipócrita de Juan Jacobo, sin alegar circunstancias atenuantes frente a mis atenuados contemporáneos.

Así, pues, la sensualidad me atrapó, se apoderó de mí entre los doce y los trece años. Hasta creo que desde entonces ya se me pasó aquello de no saber otra cosa que poner mis manos en otra parte que a derecha e izquierda, sin des-

P A U L V E R L A I N E

cansarlas donde me parecía bueno... o mejor...
todavía.

Eso duraría hasta los dieciocho años. ¡Piedad, señores, y claro que también señoras, cuyo desquite, de estas ambiciones, en algún sentido prematuras, fué tan mayúsculo!